

Cuerpos, rostros y miradas: el arte fotográfico de Rogelio Cuéllar*

G A B R I E L T R U J I L L O M U Ñ O Z



Rafael Cauduro. Fotografía: María Luisa Passarge.



Rodolfo Sánchez-Fierro, ceramista. Fotografía: María Luisa Passarge.

En la historia de la fotografía la constante universal es que ésta es omnívora: captura todo lo visible e invisible del entorno que es suyo, de los tiempos que mira. Dentro de su amplia temática, sin embargo, el retrato de personajes insignes ha sido una fuente de obras artísticas que, en muchas ocasiones, ha mostrado su maestría para sacar de políticos, estrellas del espectáculo y deportistas sus mejores facetas para consumo de la sociedad de la información como de los interesados por la moda. Una arista que ha ido consolidándose en las últimas décadas es el retrato de artistas en su espacio de creación: pintores en sus estudios, escritores con su pluma en mano, cineastas con su cámara al hombro. En México, desde del siglo XX hasta la fecha, esta tendencia de la fotografía nacional ha ido tomando preeminencia gracias a la aparición de la prensa ilustrada en general y del surgimiento de los suplementos culturales en particular.

A pesar de todo ello —o precisamente por eso— la fotografía de artistas ha sido más parte de una labor

noticiosa antes que un acercamiento a profundidad. Pero el fotografiar a los creadores mexicanos no como parte de una pasarela mediática de los famosos, sino como una tarea sistematizada, desde las entrañas de la creación misma, que requiere esfuerzo y empeño, voluntad y talento por igual, que pretende conformar una investigación creativa de la vida cotidiana de pintores, músicos o escritores, para nombrar sólo algunas de las disciplinas artísticas a retratar, es cosa poco usual en nuestro medio fotográfico. Por eso mismo Rogelio Cuéllar (Ciudad de México, 1950) es un parteaguas en esta labor de hacer de los artistas nacionales el centro perdurable de su atención, de mantener una indagación sobre cada uno de ellos y del entorno que los enmarca y define, que les da expresión e identidad. Cuerpos, rostros y miradas que, en conjunto, responden a una elección de vida, a una vitalidad que salta del creador a sus obras, de sus ojos a las palabras que eligen, a los colores que imaginan; de sus manos a los libros que escriben, a las pinturas que colorean el mundo.

Desde sus primeras fotografías a un adusto Juan Rulfo, en el Centro Mexicano de Escritores en 1969, hasta las más recientes imágenes a pintores jóvenes, a poetas emergentes, Cuéllar ha llevado a cabo un inventario de nuestros creadores como representantes de nuestras luces y sombras, de nuestros usos y costumbres, desde la perspectiva de un fotógrafo capaz de ir a fondo, de meterse en la piel y en la imaginación de sus retratados. En la obra de Rogelio destaca la sabiduría del instante preciso, la mirada que privilegia lo íntimo sobre lo público, el interés genuino por presentarnos un ser humano antes que un monumento oficial. No hay en sus fotografías el deseo de crear un pedestal visual de estos artistas mexicanos cuando su camino pasa por la calidez, la ternura, la empatía. Basta ver la mirada festiva de Juan José Arreola o el gesto de fastidio de Ricardo Garibay para saber que estamos ante criaturas prodigiosas pero que comparten con nosotros sus gozos y dolencias, sus dudas y certezas gracias a la virtud de Cuéllar de entregarnos a estos creadores de cuerpo entero, sin ocultamientos, sin disfraces. Tal cual son.

Y esta suma de experiencias en carne viva, en espíritu completo, está presente en libros suyos como *Cuatro décadas del rostro de la plástica 1972-2011* (UAM-Iztapalapa-Conaculta-Fundación Cultural Macay A.C., 2012) y *El rostro de las letras* (Conaculta-La Cabra Ediciones-Conaculta, 2014), donde Rogelio Cuéllar expone una galería de personajes que, como dice el crítico Andrés de Luna, demuestran que Rogelio es “un maestro del retrato” y que su obra, “este repertorio de imá-

genes, hallazgos visuales de primer orden, permiten la certeza de una maestría sin igual” y ayudan a entender, desde lo fugaz y pasajero, la imbricación entre la tarea de crear y la amplitud del mundo que inspira a estos creadores: libros a leer, la naturaleza que los rodea en su austeridad o exuberancia, la casa que los abriga, los objetos que dialogan con ellos como parte de su actividad creativa.

Cada fotografía de Cuéllar en estos libros nos ofrece la posibilidad de comprender, a plenitud, lo que estos pintores y escritores hacen y deshacen, lo que estos artistas han decidido es su destino. Todo cabe aquí más allá de telas y pinceles, de bibliotecas y máquinas de escribir. Ya sea que veamos a estos autores en su orden impecable o en su caos implacable, las imágenes de Rogelio nos proporcionan una ventana para contemplar al artista en sus gustos y manías, en sus espacios de relajación o convivencia. No es su fotografía un tribunal psicológico sino un acuerdo mutuo entre retratista y retratado. Diálogo afable. Conversación intensa, sin medias tintas, que llega hasta nosotros, sus espectadores, sin filtros de por medio. En ambas publicaciones estamos ante una colección fotográfica que hace del gremio artístico el centro de nuestro júbilo, el foco de nuestra identidad nacional, donde la realidad de cada uno de estos creadores brilla con luz propia, esplende en sus humores y guiños de complicidad.

Esa luz que firma como un artista de la lente, Rogelio Cuéllar, nuestro testigo de honor. ●

* Mecanoescrito original de 2016.